

Palabras liminares

El siglo XIX es uno de los períodos más significativos de la historia moderna de la humanidad. La herencia científica de la Ilustración y los ideales libertarios de la revolución francesa de finales del siglo XVIII eran entonces patrimonio colectivo de miles de personas que formaban el pensamiento de vanguardia de las naciones europeas. Pero el siglo XIX es también el tiempo de la eclosión de la ciencia y la tecnología; invenciones como la máquina de vapor, el ferrocarril, el telégrafo así como la consolidación y expansión del capitalismo sustentaron el nuevo paradigma del progreso, definiendo así un período extraordinario de cambios que la historia conoce como “la revolución industrial”.

Se podría decir que el mundo (urbano), a partir de la expansión del capital y las comunicaciones, vivía la primera ola de globalización, animando así la esperanza de un porvenir mejor para millones de jóvenes en el viejo mundo. Sin embargo esta visión optimista del futuro estaba lejos de la realidad que se vivía en la Europa de aquellos años. La turbulencia política resultado del enfrentamiento entre liberales y conservadores (restauradores), las guerras de expansión imperialista y las luchas independentistas, seguidas de períodos de hambruna generalizada, tocaron en mayor o menor medida a todas las naciones europeas.

En este escenario contradictorio, el destino americano surge como alternativa y esperanza para millones de personas. Nunca antes en la historia de la humanidad se trasladó un número tan significativo de personas por distancias tan largas y en tan poco tiempo. En muchos casos este anhelo de prosperidad iba alumbrado por el resplandor del oro. A la fama de California o de los remotos territorios de Australia, se sumaba la proverbial riqueza aurífera del país de los Incas, la que se vio revitalizada en aquellos años con el redescubrimiento de lavaderos del precioso metal en la inhóspita y desconocida provincia de Carabaya.

Sin embargo, ni las naturales riquezas mineras ni el afiebrado entusiasmo por explotirlas es garantía de éxito en la ansiada empresa de la prosperidad. La transformación en riqueza que guarda la entraña mineral exigía en este tiempo, como ahora, otra racionalidad. En ese sentido la historia nos enseña que sus páginas también se escriben gracias al talento de hombres providenciales. Sin duda es el caso del milanés Antonio Raimondi y su aporte fundamental al desarrollo de la geología y la minería en el Perú. En su persona se integraron el rigor del científico, la pasión del naturalista, el don de ubicuidad del descubridor y el desinterés de quien puso siempre sus conocimientos al servicio del Perú.

La colección que ahora presentamos compila sus trabajos clásicos en esta materia, los que se ven revitalizados con las acuarelas, dibujos o mapas, que en la mayoría de casos no pudieron acompañar a las ediciones originales. Ellos, junto a la prosa de Raimondi, son testimonio de su visión y mensaje vigente sobre la importancia de la minería para el desarrollo económico del país que lo adoptó como uno de sus hijos. En ese sentido es un honor que la Asociación Educacional Antonio Raimondi, institución representativa de los italianos afincados en el Perú, lidere desde el Museo que patrocina este esfuerzo editorial, al que se suman decididamente la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y las empresas mineras más importantes del Perú, como un reconocimiento y homenaje a la figura crucial de la hermandad y el intercambio cultural entre dos pueblos.

Dr. Sergio Busetto
Embajador de la República de Italia